

Finalmente, hemos de felicitar al autor porque ha sabido insertar en el texto muchos pasajes conciliares del Vaticano II, aunque poco o ninguno sea el comentario sobre los mismos y sin una adaptación precisa y adecuada, Alabamos, igualmente, la tarea ingrata y trabajosa de presentarnos una bibliografía muy completa y al mismo tiempo actualizada.

FÉLIX CASADO

A.-M. HENRY, *La force de l'Évangile*. Ed. Mame. Tours 1967. 2.<sup>a</sup> edición. 367 págs.

En el ambiente de renovación en que está sumergida la Iglesia —en la era posconciliar— no puede faltar toda una literatura bíblica, teológica y pastoral, que sirva de estímulo y, a la vez, de catalizador en esta “puesta al día” de la Iglesia, en la que tanto insistió el Papa Juan XXIII.

La misión de la Iglesia es servir al mundo; debe servir y realizarse no sólo en el edificio eclesial sino en el *mundo*, en los hombres de hoy y de mañana (la palabra mundo, no es un concepto vago, son los hombres concretos, de hoy, de aquí). La Iglesia es iglesia (“sacramento del mundo”, como dice el Vaticano II) cuando es para los demás. Debe participar en las tareas de la sociedad humana, no dominando sino ayudando y sirviendo. Ella es la difusora del mensaje de Cristo. Tiene que hacer presente y actuante la obra de Jesús. Y él vino a “anunciar la salvación a los pobres; la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo”. La Iglesia debe decir a los hombres de todos los sectores de la vida social lo que es vivir con Cristo, lo que es el auténtico servicio, la verdadera pobreza (como la de Cristo que se entregó a realizar la salvación de sus hermanos, habiendo sentido toda la indignancia de la condición humana, hasta la suprema, que es el abandono de Dios, y la muerte en la cruz). La figura de la Iglesia debe aparecer a los ojos del mundo insignificante, totalmente dedicada al servicio, ningún rasgo de poder; pues quien quiere ser útil, quien quiera estar al servicio de los demás debe renunciar al poder, renunciar a las seguridades humanas.

Nadie duda que las consecuencias de una concepción de la Iglesia como “servidora” y “pobre” son de sumo interés para trazar el programa de la “puesta al día” y del “despojo” (que se debe verificar en la Iglesia). En torno a estos temas, tan sugestivos, gira la obra del P. Henry. Aludiendo a la fuerza del Evangelio, intenta revisar, desde el punto de vista pastoral, algunos puntos capitales de la función y ministerio eclesial.

En la primera parte, centra su atención sobre el origen, la evolución histórica y actualidad de los siguientes temas: evangelio, predicación, misión, pastoral, apóstol, kerigma y catequesis. El autor va descubriendo cuidadosamente sobre cada uno de ellos el sentido original, la evolución (pues cada época, cada generación imprimió su sello característico: no precisamente al contenido —al mensaje—, pero sí al continente), y por último, lo que en realidad debiera de ser hoy la acción de una Iglesia servidora y pobre.

La segunda parte —tal vez la más positiva y original— versa sobre el mensaje, sus destinatarios y sus ministros. El mensaje bíblico que iniciaron los profetas, y después de hallar su plenitud en Cristo, continuaron los apóstoles necesita hoy, dados los cambios tan profundos obrados en el mundo, de una nueva y profunda adaptación; necesita ser presentado y testimoniado con nuevas perspectivas. ¿Cómo un mensaje expresado en fórmulas tan rudas como primitivas —atendiendo sobre todo al A. Testamento— puede tener significado para el hombre actual? ¿No sería necesario, en el proceso de reencarnación constante en que se ve sumergido el hombre, un “reinventar” también constante de la Palabra?

El tema de los destinatarios (p. 159 ss.) es también objeto de consideración en esta misma parte. Las relaciones de la Iglesia católica con las otras religiones son un punto de especial atención por parte del autor. A la luz de las perspectivas conciliares, de ecumenismo y diálogo, dichas relaciones son algo muy distinto a lo que se pensaba hace algunos años. También son de interés las reflexiones y los principios orientadores para el diálogo con ateos (p. 184) y los bautizados no creyentes (p. 206).

En la última sección, dedicada a los ministerios, distingue el autor entre clérigos y laicos, aludiendo al ministerio de los obispos, sacerdotes, diáconos y laicos. Unas 20 páginas las dedica al ministerio de las mujeres, cuestión de gran actualidad en nuestros días.

Es cierto que algunos puntos de los tratados por Henry son discutibles. Pero lo que es indiscutible es la aportación valiosa a la teología pastoral y al ecumenismo.

RAFAEL SILVA

J. D'SOUZA, S. J., *Iglesia y civilización*. (Colección “Teología y mundo actual” 8).— Edit. Sal Terrae, Guevara, 20, Apar. 77. Santander 1966.— 155 × 215 mm.— 164 págs.

Aunque éste, según confesión propia del autor, no es el libro *documentado*, puesto que no se reduce a una exposición fría y desapasionada de los hechos ni de sus conclusiones lógicas, lo juzgamos de mucho interés por tratarse de un trabajo muy personal dentro de la mayor objetividad posible en el campo de la interpretación de hechos históricos y convicciones íntimas. El autor se hace acreedor a un juicio favorable en esta obra, en la que demuestra conocer a fondo el pensamiento indio —nació y se formó en la India, en el seno de una familia convertida al catolicismo— y el europeo en sus distintas zonas, lo mismo que el americano. Al conocer de cerca las distintas culturas y por su formación teológica superior, su juicio sobre la *Iglesia y civilización* puede ser tenido en cuenta. El libro, que es de lectura muy fácil, nos lleva suavemente por el mundo y su historia en busca de la imagen de la Iglesia, tal como al autor se le ha presentado en sus experiencias. Se trata de respuestas a las preguntas que él mismo se vio obligado a hacerse en las circunstancias en que se iba encontrando.

P. MERINO